



EXPEDIENTES SECRETOS  
DE LA  
**SEGUNDA  
GUERRA  
MUNDIAL**



**ÓSCAR HERRADÓN**

Luciérnaga



**EXPEDIENTES SECRETOS  
DE LA  
SEGUNDA  
GUERRA  
MUNDIAL**

**ÓSCAR HERRADÓN**



Ediciones  
Luciernaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Óscar Herradón, 2018.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2018

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-16694-96-9  
Depósito legal: B-3.323-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## ÍNDICE

<i>A modo de introducción</i> . . . . .	15
<b>Expediente n.º 1.</b> Un espía judío al servicio del Tercer Reich . . . . .	17
<b>Expediente n.º 2.</b> Una espía rusa en el Tercer Reich . . . . .	61
<b>Expediente n.º 3.</b> Operación Bernhard: el plan secreto para hundir la economía británica. . . . .	105
<b>Expediente n.º 4.</b> Operación Antropoide. Objetivo: Reinhard Heydrich . . . . .	149
<b>Expediente n.º 5.</b> Casos perdidos: agentes triples, traidores y héroes olvidados . . . . .	171
<b>Expediente n.º 6.</b> Sefton Delmer, un propagandista contra Hitler . . . . .	199
<b>Expediente n.º 7.</b> Paul Thümmel, un topo en los servicios de inteligencia alemanes. . . . .	231
<b>Expediente n.º 8.</b> Operación Carne Picada: cómo los británicos engañaron a los nazis en España . . . . .	245
<b>Expediente n.º 9.</b> Operación Cicerón: un espía de la Abwehr en Ankara . . . . .	271
<b>Expediente n.º 10.</b> Operación Gunnerside: la frustrada carrera atómica de Hitler . . . . .	285
<b>Expediente n.º 11.</b> La conjura contra América (I): espías nazis en Estados Unidos. . . . .	303
<b>Expediente n.º 12.</b> La conjura contra América (II): Operación Pastorius, sabotaje nazi en Estados Unidos . . . . .	347
<b>Expediente n.º 13.</b> La mafia contra Hitler. . . . .	385
<i>A modo de epílogo</i> . . . . .	429

## Expediente n.º 1

### UN ESPÍA JUDÍO AL SERVICIO DEL TERCER REICH

Una de las historias más insólitas e injustamente relegadas a la trastienda de la Segunda Guerra Mundial fue la del único agente secreto judío —al menos que se sepa— al servicio de Hitler. Sí, han leído bien, judío... Eso sí, fueron las circunstancias de la contienda, tan excepcionales como trágicas, las que hicieron que aquel que encarnaba al mayor enemigo del ideario nazi, el «bácilo tóxico» en la visión fanatizada y racista promulgada por Hitler en *Mein Kampf* (*Mi lucha*), sirviera a los intereses de los servicios de inteligencia del Tercer Reich.

Un aspecto ignominioso, entre tantos, de aquella guerra es el hecho de que numerosos soldados judíos lucharon a la fuerza en defensa de un régimen que primero los odió, después los despojó de sus derechos y de sus pertenencias y propiedades, y acabó por exterminarlos en masa. Pero la historia de un espía circuncidado trabajando para la Abwehr —los servicios de inteligencia— había pasado prácticamente inadvertida —y lo sigue haciendo— en los manuales y artículos sobre este período, incluso en aquellos que se dedican exclusivamente al pueblo judío en aquel tiempo de diáspora, a la Shoa y al aspecto más oscuro de aquellos años: el colaboracionismo en los campos de concentración de algunos hebreos —conocidos como *kapos*—<sup>1</sup> y en los

1. Término que se utilizaba para llamar a ciertos presos judíos en los campos de concentración. Recibían más privilegios que los reos comunes, y se les encomendaban los trabajos más ligeros, principalmente la vigilancia de los demás internos judíos. Colaboraban con los guardianes de los campos de las SS también en tareas administrativas, como el reparto de alimentos, ropas o medicamentos, más bien escasos o inexistentes en los campos de la muerte. Por lo general, eran presos

guetos y los que delataron incluso a sus convecinos a cambio de protección.

Fue precisamente un historiador hebreo, Michael Bar-Zohar, autor de obras sobre espionaje tan emblemáticas como *Las grandes operaciones del Mossad*, quien desempolvó la historia de Paul Ernst Fackenheim en su libro *Koch, el espía judío de Hitler*, publicado hace más de cuarenta años, en 1971, y que tuvo muy poca repercusión en nuestro país a pesar de haber sido publicado en castellano por la editorial Juventud. He creído necesario recuperar esa historia como uno de estos «expedientes secretos» de la Segunda Guerra Mundial tanto por su rareza como por su trascendencia en el desarrollo de ciertos acontecimientos que tuvieron al servicio de inteligencia del almirante Wilhelm Canaris como eje central. Espionaje de lo más extraño, pero espionaje al fin y al cabo.

Miembro del Parlamento de Israel —la Knéset, «la Asamblea»— entre los años ochenta y noventa del siglo xx, Bar-Zohar cuenta que se mostró un tanto incrédulo cuando llegó a sus oídos por primera vez aquella insólita historia, pues ningún historiador o periodista, hasta ese momento, se había preocupado del fantástico destino de dicho individuo. Entonces viajó a Israel, donde interrogó a varias decenas de hombres que estuvieron en contacto con el Intelligence Service y otros organismos del espionaje británico aquellos años en el Mediterráneo; envió numerosas cartas solicitando información reservada y las respuestas que recibía siempre eran negativas.

Pasó dos años de ardua búsqueda en los que comenzó a pensar que el Asunto Fackenheim era una invención, una leyenda bélica, cuando dio con un amarillento fajo de hojas manuscritas en un archivo olvidado en Israel. Después encontró al protagonista de aquella historia en Alemania, concretamente en Ulzburg, en un pequeño caserío en el *land* de Holstein, no muy lejos de

---

comunes con antecedentes criminales o de baja peligrosidad —como políticos y religiosos— que se habían ofrecido para tan ignominiosa tarea a cambio de mayores libertades y de un cumplimiento adelantado de la pena o la libertad condicional. El resto de los presos los llamaban despectivamente la «Policía Judía».

Hamburgo, y decidió escribirle. Pocos días después, el historiador recibió un grueso paquete de hojas mecanografiadas... Eran las notas personales de Koch acerca de lo que le había sucedido durante los terribles años de la Segunda Guerra Mundial.

No satisfecho con aquellos informes, Bar-Zohar fue a visitarlo en 1969. En Ulzburg, Paul vivía con su mujer, Ria, y un pequeño perro. Recibió al investigador con amabilidad y estuvieron varios días trabajando juntos: «Me contó toda su historia, precisando nombres, hechos, fechas. Reconstruyó minuciosamente sus conversaciones con sus jefes e interrogatorios. Grabamos en cinta magnetofónica acontecimientos y detalles diversos», e incluso reprodujo las cuadrículas y los códigos cifrados que utilizó como espía, escribía el estudioso.

Aunque el investigador creía en su palabra, necesitaba pruebas más tangibles para poder publicar su historia y, aunque con dificultades, las evidencias fueron llegando. Después descubriremos cuáles eran, pero vayamos al comienzo de nuestra historia.

## Un burgués en la Gran Guerra

Paul Ernst Fackenheim provenía de una acaudalada familia judía alemana. Su abuelo paterno era nada menos que rabino en Mulhausen (Turingia), y él era el hijo único de un rígido y malhumorado comerciante en metales y de la hija menor de un acaudalado peletero y curtidor, por lo que su posición social y económica era más que holgada.

En el liceo Goethe de Fráncfort, donde fue educado, se codeaba con los príncipes de Hesse y los sobrinos del emperador, y con menos de diez años ya entonaba los himnos alemanes y las marchas militares, aunque también cumplía con rigor los ritos hebreos más importantes, como el Rosh Hashana (fiesta judía del año nuevo que tiene lugar en otoño), y a los trece años recitó, como era la tradición, sin equivocarse, los salmos bíblicos en la fiesta de madurez religiosa del Bar Mitzvá.

Henchido de patriotismo ya en su adolescencia, como la mayoría de los jóvenes de su generación, estaba muy influenciado

por los vientos imperialistas que soplaban en el Reich de comienzos del siglo xx, en una Alemania que por aquel entonces no tenía una visión del judío —salvo entre minorías fanáticas asiduas a textos como *Los protocolos de los sabios de Sion*— como la que vendría después, por lo que el joven Paul era tratado de igual a igual por sus compañeros de estudios.

Cuando estalló la Gran Guerra, la misma a la que acudiría entusiasmado un joven austríaco de nombre Adolf Hitler —que, paradójicamente, había hecho lo imposible por evitar cumplir con el servicio militar en su patria—, probablemente el acontecimiento más decisivo para aquella generación y que marcaría lo que sucedería en décadas posteriores, ascenso del nazismo incluido, el patriota Paul no tardó en presentarse voluntario para ir al frente y, aunque en un principio le fue denegada la solicitud, finalmente, tras mover unos hilos, fue admitido en el LXIII Regimiento de Artillería.

Luchó en tierras belgas, en Lieja, en Flandes y en la batalla de San Quintín, que tuvo lugar entre el 29 y el 30 de agosto de 1914 entre fuerzas francesas y alemanas, donde, arriesgando su propia vida, restableció las comunicaciones con el cuartel general del regimiento, que habían sido neutralizadas por el enemigo. Aquello le valdría ser condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase.

Su currículum militar es impresionante, salpicado de ascensos: primero cabo, luego sargento, finalmente teniente. Curiosamente, Hitler no pasaría de simple cabo, aunque también fue condecorado por su valentía en el frente. En 1918, Fackenheim se hallaba, el 8 de agosto, luchando en la batalla de Montdidier, en el marco de la ofensiva de Amiens, donde comandaba una batería del 77 montada para combatir a los primeros tanques ingleses, los carros de combate Mark, conocidos como «armas milagro». Gracias a su pericia, destruyó varios blindados, lo que le valió esa vez la Cruz de Hierro de primera clase.

Se convirtió en un verdadero héroe de guerra que, según la biografía citada, en el comedor de oficiales de Eupen, en Bélgica, trabó amistad con uno de los mejores pilotos de la escuadrilla comandada por el barón Manfred von Richthofen, *el Barón*



*Rojo*, también conocido como *Diablo Rojo*. El nombre de su interlocutor acabaría siendo más tarde el de uno de los hombres más fuertes e implacables de la Alemania nazi: Hermann Göring, futuro líder de las fuerzas aéreas (Luftwaffe) y nada menos que mariscal del Reich, título otorgado por el propio Hitler. A su vez, Fackenheim será profundamente respetado por su comandante, un tal Metger, personaje que es posible que intercediera por él más adelante.

Luego llegó la derrota, el sentimiento de vergüenza, las drásticas medidas del Tratado de Versalles que avivarían la llama del fanatismo, y la teoría de la «puñalada por la espalda»,<sup>2</sup> que convertirá a comunistas y judíos en objeto de la ira de las fuerzas de derechas. Curiosamente, el judío Fackenheim, como los primeros nazis, no dudará en luchar en varias refriegas contra los «falsos revolucionarios» que querían instaurar una república de izquierdas en su amada patria, por la que tanta sangre habían derramado los soldados.

Pasada la resaca de la tremenda derrota, pero con un país asolado por las reparaciones de guerra y la crisis económica, nuestro protagonista soñará con acabar sus estudios y dedicarse al periodismo, esa bella profesión tan denostada, pero su despótico padre lo obligará a aceptar un trabajo en una curtiduría en Fráncfort. No eran tiempos de realizar sueños, sino de enfrentarse de la manera que fuera a la cruda realidad, una realidad, no obstante, mucho más serena que la que vendría apenas unos años después.

## Sueños de cambio y aventuras

Pasados unos años y cansado de la tiranía familiar, Fackenheim dará la espalda a las pretensiones de su progenitor y se casará con una joven alemana con la que emprenderá un apasionante

2. Dicha teoría —en alemán, *Dolchstosslegende*— atribuía falsamente la derrota de Alemania en la Gran Guerra a una serie de asuntos internos del país, en especial, que el pueblo alemán no supo responder a la llamada patriótica en el momento más crucial de la conflagración porque hubo una serie de «elementos» que habrían saboteado el esfuerzo bélico debido a distintos intereses.

viaje al otro extremo del mundo, a Oriente, a algunos de los enclaves que aquellos mismos años cautivarán a magos e ilusionistas como Erik Jan Hanussen o el propio Aleister Crowley, que también tendrán su papel en la Alemania del Tercer Reich. Exóticos rincones, muy diferentes a la vieja Europa, donde el misticismo y la magia son algo mucho más palpable y real.

Fackenheim y su esposa viajarán a Java, Sumatra, Bali, Yakarta, Hong Kong, Shanghái, Singapur y Saigón, mientras él opera como agente de varias firmas alemanas y realiza a su vez su sueño vocacional al convertirse en corresponsal del diario alemán *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, una experiencia enriquecedora durante la que aprenderá varios idiomas y algunos dialectos locales que le serán de gran ayuda más adelante.

Sin embargo, su esposa no tardará en abandonarlo y regresar a Alemania, donde pedirá el divorcio y se casará de nuevo con un rico industrial. El dinero, poco a poco, también comenzará a escasear, más aún tras el crac bursátil de 1929, que sume la economía mundial en un desastre absoluto. En 1931, Fackenheim también regresará a Berlín, donde, completamente solo, amargado y casi arruinado, conocerá a una chica embarazada, de nombre Luzi, en un café. Esta había sido abandonada por el padre de su hijo y Paul no dudará en darle su apellido al pequeño. Tras casarse, la familia vivirá en la capital alemana, donde ya se escuchan, cada vez con más estruendo, los tambores y cantos patrióticos nacionalsocialistas.

Paul trabajará en todo oficio que se le presente: como recaudero, vendedor a domicilio y obrero industrial. La relación con Luzi no tardará en deteriorarse y pronto será un desastre. Según cuenta Bar-Zohar, al parecer, lo engañaba con otros hombres que le hacían costosos regalos en tiempos de gran precariedad. Hasta que un día, estando Luzi embarazada de otro, Paul la encontrará en medio de un charco de sangre: había intentado abortar con una aguja de tejer. Morirá poco después en la mesa de operaciones del hospital más cercano a su domicilio.

Desolado, como tantos otros de sus hermanos de sangre, votará en 1932 a Hitler, sin imaginar el giro que dará la vida alemana en poco tiempo. Nadie sospechaba —o al menos muy po-

cos— el peligro real que se cernía sobre millones de personas. Apenas dos años después, Fackenheim descubrirá el tremendo error que había cometido: debido a su origen judío, un verdadero estigma en el recién inaugurado Tercer Reich, será despedido de su empleo en la fábrica y, aunque escribirá al mismo Hermann Göring, que entonces era miembro del Reichstag, exigiendo su readmisión, una semana después recibirá una misiva rubricada por el orondo nazi que rezaba: «*Herr Göring* lamenta mucho no poder hacer nada en su favor».

Encolerizado, escribirá también a quien por aquel entonces era la mano derecha del propio Hitler, el personaje más misterioso de toda la cúpula nacionalsocialista, el viceführer Rudolf Hess, lo siguiente: «He servido a Alemania durante la Gran Guerra. He sido siempre un buen y fiel alemán. Le advierto a usted que no permitiré que se me trate de esta manera». Aunque con estas palabras lo que en realidad era esperable es que la Gestapo se presentara en su puerta, Fackenheim recibirá una carta del Frente Alemán del Trabajo —*Deutsche Arbeitsfront*—, en la que, por intervención de Hess, se le informará de su reintegración en su puesto de trabajo.

Aquel respiro solo duraría un mes, hasta que recibió una nueva citación del mismo organismo: «Lo lamentamos de veras, *Herr Fackenheim*, pero no podemos garantizar su seguridad personal. Si no abandona usted su empleo, corre el riesgo de que lo asalten y lo maltraten».

Solo, con su mujer recientemente fallecida y el niño en manos del Estado, se mudará a Fráncfort con su madre, Hedda, una mujer prematuramente envejecida y maltratada por sus vecinos a causa de su ascendencia judía, una triste realidad en todo el territorio controlado por Hitler que se irá ampliando cuando estalle la guerra. Como sustento, Hedda alquila habitaciones y prepara comida para varios compatriotas cada vez más acorralados por el sistema nazi.

## Guerra y deportación

A pesar de que nuestro protagonista, desesperado, visitará al vicecónsul de Gran Bretaña en Fráncfort, sir Arthur Dowden,<sup>3</sup> solicitándole un visado para viajar a Londres, no conseguirá nada. Son demasiados los judíos que reclaman lo mismo. Profundamente decepcionado, no le quedará más camino que el que a muchos otros alemanes, que ni oyeron ni vieron nada a pesar de que cada vez más familias judías desaparecían misteriosamente. Aunque se rumoreaba que habían tomado el camino del exilio, se sospechaba que la realidad era mucho más siniestra. Pero no sabían cuánto.

La intención primera de Fackenheim será salvar a su anciana madre; sin embargo, será detenido la tristemente célebre Noche de los Cristales Rotos, el 9 de noviembre de 1938. Contra todo pronóstico, lo soltarán, y no mucho tiempo después, entre el mismo miedo que atenaza a todo su pueblo en las calles de una Alemania antisemita y enarbolada de esvásticas, estallará la Segunda Guerra Mundial.

El patriota Fackenheim intentará de nuevo alistarse, pero sin éxito: la Wehrmacht no aceptará a un judío por muy voluntario que sea y por mucho que se trate de un buen alemán que quiere defender a su patria. No pasará mucho tiempo hasta que los uniformados agentes de la Gestapo llamen una noche a su puerta. Su suerte estaba echada.

## El campo de la muerte

Será introducido, con cientos de sus compatriotas, en un convoy con destino a Dachau, que no tardará en convertirse en un campo de la muerte. Allí vivirá el horror del antisemitismo nazi en carne propia y será consciente de que todo lo escuchado hasta

3. Vicecónsul en Fráncfort del Meno de 1934 a 1939 según los registros del Foreign Office, personaje que volverá a aparecer más adelante y que tendrá una importancia capital en la historia de Fackenheim.

ese momento, que se negaba a creer como tantos y tantos otros, es totalmente cierto: los barracones helados, los trabajos esclavos, el hambre, los piojos, las palizas... y el camino sin retorno de muchos al paredón.<sup>4</sup>

Como la mayoría de aquellos que compartieron con él el encierro, Fackenheim no esperaba nada ya de sus captores. Intuía un siniestro destino, aunque el suyo será un caso sin precedentes en aquel tiempo de sangre y fuego. Su intuición falló: los nazis tenían, al menos por el momento, un plan muy diferente para él.

En aquel campo de infausto recuerdo, a Paul se le dio el número 26.336, que le tatuaron en el brazo como recuerdo imperecedero de la barbarie. Su identidad, su honor, su pasado, ya no importaban. Era solo un número más para sus carceleros. Sin embargo, un día lo sacaron de aquel infame matadero a bordo de un flamante Mercedes. Los expertos de la Abwehr conocían cada uno de los pasos que había dado anteriormente, tenían todos sus expedientes militares, cartas, opiniones de allegados, sabían todo lo referente a sus viajes a Oriente y su dominio de los idiomas... Además, y a pesar de su animadversión a Hitler —que muchos comparten en los servicios de inteligencia del almirante Canaris, con el tiempo un hervidero de conspiradores contra el régimen—, saben de su patriotismo y amor a Alemania, por muy mal que el país lo haya tratado. También conocen su devoción por Hedda, y ese será el principal punto de coacción para acercarlo a sus pretensiones.

Bar-Zohar escribe: «Y entre todos los expedientes judíos, el suyo ha resultado elegido. Los expertos de la Abwehr creen que su ignorancia política, su sentido del honor militar, su amor obstinado por la patria alemana son otras tantas excelentes bazas. Y no son las únicas. Cuentan también con una magnífica carnada: la liberación de Dachau. Además de un formidable medio de presión para someterlo totalmente: la vida de su madre, que está en manos de la Gestapo». Fackenheim no tendrá elección.

4. Hasta 1942 no se construiría en aquel campo el crematorio, cuando los nazis, ya avanzada la guerra y puesta en su contra, industrializan y despersonalizan la muerte en el marco de la llamada «solución final de la cuestión judía», cuyas trazas principales se deciden en la llamada Conferencia de Wannsee, el 20 de enero de ese año, una fecha terrible.

Todavía sorprendido por su salida de un campo que normalmente constituía un viaje sin retorno al infierno, fue conducido por un chófer y un acompañante vestido de civil hasta la estación de tren, en una de cuyas vías lo esperaba un hombre. Lo obligaron a bajar y este se acercó hasta él y le hizo una seña para que se subiera al expreso Múnich-Colonia que estaba en la vía a punto de partir. Entraron en un compartimento de primera clase y el desconocido cerró la puerta con llave y bajó las cortinillas.

Le comunicó que trabajaba para el Consulado general de Alemania en Bélgica, pero que no podía revelar su identidad: «No sé quién es usted y no quiero saberlo. He recibido instrucciones. Debo entregarlo sano y salvo en determinado destino, eso es todo».

Le dijo también que a partir de ese momento su nombre sería Koch. De una gran cartera de piel, el extraño extrajo un documento y se lo entregó a Paul. Se trataba de una tarjeta de identidad de cartón roja, del tamaño de una postal, rubricada por el alto mando de las fuerzas alemanas en Bélgica, y en la que podía leerse: «El portador de este documento, *Herr* Paul Koch, viaja a título oficial por Alemania y los países ocupados, encargado de una misión especial por el alto mando. Se ruega a todos los servicios del Ejército y del partido que le presten ayuda y protección». Estaba rubricada y timbrada con el sello del gobernador militar de Bélgica.

A su vez, aquel misterioso hombre de impecable traje gris le manifestó que no estaba autorizado a revelar, bajo ninguna circunstancia, ni su nombre, ni su origen, ni su pasado, lo que daría al traste con su brillante tapadera. Lo que desconocía Paul era para qué querían utilizarlo.

Lo único que Fackenheim pidió a cambio fue la protección de su madre, a la que exigió que se proporcionara una vida digna y con las necesidades básicas cubiertas. Es lo único que lo hará colaborar con sus carceleros de Dachau y con un régimen que odiaba a su pueblo y lo había dejado sin nada. El intermediario sin nombre se lo prometerá. A partir de ese momento, Hedda Fackenheim recibirá cada mes, puntualmente, un sobre con trescientos marcos, un verdadero privilegio para un judío en aquellos tiempos en Alemania.

## Crear a un agente secreto

Una vez en Bruselas, el renombrado Koch recibió algo de dinero de aquel individuo y fue trasladado a una pensión que regentaba una tal señora Leclerc, de Luxemburgo. Tras llegar a su habitación y descansar, por fin, en una cama decente, se aseó para disimular un poco la imagen abatida y de extremada delgadez de un recién salido del sistema nazi de campos de concentración.

Poco después se presentó un hombre que decía llamarse Hans Muller, del alto mando alemán en Bélgica, quien le comunicó que sería el encargado de adiestrarlo para convertirlo nada menos que en un agente secreto. Tras reiterarle que su madre, Hedda, se encontraba bien atendida, sacó una réplica en miniatura de un receptor de radio y le preguntó si sabía código morse y transmitir por radio. Puesto que durante la Gran Guerra Koch sirvió durante un tiempo en Transmisiones, el adiestramiento sería sencillo.

Muller seguirá haciendo visitas constantes a la pensión para adiestrar en sesiones de dos horas al aspirante a espía del Reich, que aunque no había recibido instrucción alguna ya era consciente de que algún día debería servir como agente tras las filas enemigas. El funcionario lo instruirá en morse, emisiones, códigos, en cómo cifrar un mensaje, componer una cuadrícula o emplear un libro para ocultar o descifrar cualquier código y no ser descubierto o en cómo utilizar un receptor portátil como el que Muller llevó en su primera visita.

Sus jefes de la Abwehr sabían que debían protegerlo no solo de los espías extranjeros con los que se toparía en su periplo, sino también de los propios nazis, que, heridos en su orgullo al tener que dejar en libertad a un judío que ya formaba parte de su sistema industrializado de la muerte, por mucho que fuese una causa patriótica, seguirían de cerca cada uno de sus trémulos pasos. Esa fue la razón de que Koch fuese adiestrado en la pensión de la señora Leclerc y no en la escuela de espías que el servicio secreto alemán había instalado en el número 5 de la Rue de la Loi, también en Bruselas.

En unas semanas, a Fackenheim le había crecido el pelo, había sido tratado en el hospital alemán de la avenida de la

Couronne de varios problemas que se agudizaron en Dachau, era un hombre más tranquilo que vestía bien y podía visitar los cafés y los restaurantes más elegantes de la capital belga. Será en el café de la Paix Mondiale donde conocerá a una de sus amantes, Jacqueline, *Cuatro Ojos*, aunque mantendrá una relación sentimental también con una tal Florencia, que nunca creará sus palabras sobre su trabajo como funcionario civil al servicio de Alemania.

El tiempo pasaba y los remordimientos de conciencia, según lo que confesó a Bar-Zohar, eran cada vez más fuertes, pero si quería mantener a salvo a su madre y cuidar a su vez de su propia integridad física, no le quedaba más remedio que seguir adelante. Sin embargo, parece que mientras esperaba le dijo a Flo, sabedor de los contactos de la mujer con la resistencia, que debía ponerlo en contacto con sus colegas. Al parecer, esta negó en un primer momento saber a qué se estaba refiriendo Koch. Era muy peligroso que te relacionaran con los grupos opositores a Hitler.

Un buen día, mientras Paul disfrutaba de una existencia casi privilegiada para alguien que poco antes conoció las cloacas de los KZ,<sup>5</sup> entre instrucción e instrucción y veladas con sus amigos, apareció de nuevo Muller en su pensión, pero esta vez ataviado con un impecable uniforme de oficial de la Wehrmacht. Muller informó a su aspirante de que se preparase. Su próximo destino sería de nuevo Berlín, aunque en circunstancias muy diferentes a las vividas anteriormente.

## En el corazón de la Alemania nazi

Una vez en la capital del Reich, su antiguo hogar, su existencia fue más o menos tranquila a la espera de instrucciones, salvo el error que cometió un día que acudió a una cervecería sita en Tauentzienstrasse —una larga calle de medio kilómetro diseñada como bulvar parisino durante el Segundo Reich—, cuando estuvo a punto de ser

5. Abreviatura de la palabra alemana *Konzentrationslager*, «campo de concentración».



detenido por dos miembros de las Schutzstaffel (SS), ignorante ante las advertencias de Muller: «Quédese en la habitación y no salga para nada. No nos hacemos responsables de usted ni podemos garantizar su seguridad en el caso de que ocurra algo. Oficialmente, no lo conocemos». Sin embargo, Koch hizo alusión a que trabajaba para la Abwehr y tuvo suerte de que lo dejaran marchar.

Durante aquellos días, su instructor estuvo reunido en Tirpitzufer, donde estaba instalada la llamada «madriguera del zorro», el cuartel general del almirante Wilhelm Canaris, pues con ese mote lo conocían los nazis que no tenían demasiada simpatía por el oficial de la Marina que dirigía los servicios secretos del Ejército.

Y es que la suerte a la que estaba abocado nuestro protagonista comenzó a gestarse en 1937. Ya a partir de aquel año, con la guerra a la vista, los agentes de Canaris penetraron en Palestina, Egipto y Arabia, intentando azuzar los vientos revolucionarios que soplaban entre las tribus árabes contra los ingleses. Una vez que estalló la guerra, Alemania albergaba grandilocuentes proyectos en la línea de la megalomanía del régimen: levantar al pueblo y al Ejército árabes contra la Commonwealth; con Erwin Rommel a la cabeza de las tropas germanas, pretenderán la conquista de Egipto, el cierre del canal de Suez —nexo de unión entre Inglaterra, la India y las colonias británicas en el Extremo Oriente—, la invasión de Palestina —bajo protectorado británico—, Transjordania, Irak...

Y la cosa no quedaba ahí. Parece que los planes pasaban también por hacerse con los pozos petrolíferos de Arabia y lanzar una ofensiva hacia Persia y la India. Para todos estos pretenciosos planes era necesario algo más que los carros blindados de Hitler y la genialidad militar del Zorro del Desierto. La Abwehr era consciente de que el cuartel general en Berlín necesitaba informes detallados sobre las fuerzas enemigas, refuerzos, armamentos, movimientos de tropas... Y eso, claro, debían hacerlo los agentes. Cuando Canaris dio luz verde a la llamada Operación Oriente Medio,<sup>6</sup> en febrero de 1941, dijo que «cada información

6. Así la bautiza Bar-Zohar, siguiendo las confesiones de Fackenheim, pero lo cierto es que no he hallado en los documentos de la Abwehr referencia al-

digna de crédito vale por una docena de blindados». En aquellos planes era donde entraba Koch.

Pero volvamos de nuevo unos meses atrás, cuando Paul se encontraba todavía en la antigua capital del Reich gozando de su recién estrenada libertad tras el infierno de Dachau. A pesar de las advertencias de que se quedara en la residencia sin llamar la atención, Bar-Zohar, recogiendo las confesiones que este le haría años después, señala que Koch «salía así, sin permiso, todos los días. Mordía con encarnizamiento en aquella vida berlinesa que tanto amó y envidió en los malos momentos de su vida». Lo que el aspirante a agente ignoraba, aunque sabía que no se hallaba en Berlín para una estancia vacacional aquel caluroso junio de 1941 y que su existencia tranquila allí no duraría mucho, era que en la sede de la Abwehr ya se había decidido su futuro: sería enviado a Atenas a la mañana siguiente, y de ahí, aunque no se lo comunicarían hasta el último momento, habría de marchar a Palestina, la tierra de sus ancestros.

Así, pasadas unas semanas en la capital alemana, Muller se presentó con una botella de vino, un verdadero lujo en aquel momento, para brindar por la próxima marcha de su agente a la capital griega, aunque no le brindó más información, sin duda para no ponerlo en peligro. A esas alturas, los dos hombres se habían convertido casi en amigos, a pesar de las distancias que obligaban a marcar las circunstancias extremas en que se conocieron.

Al amanecer del 21 de junio, Muller despedía a su aprendiz de espía del aeródromo de Berlín con rumbo a tierras helenas. Lo que le esperaba a partir de entonces rozaría lo increíble.

---

guna a una operación bautizada con dicho nombre, aunque sí se realizaron movimientos de este tipo por parte de sus agentes en todo Oriente Medio en aquellos momentos. Quizá se deba a un error de traducción o a ciertas licencias narrativas que se arrogó el autor para narrar de forma más amena la increíble historia del judío que espía para los nazis.

## La cuna de la civilización

Al amanecer del 21 de junio de 1941, partió su avión, un pesado Junker de transporte al que los alemanes llaman con el afectuoso mote de Tía Ju, lleno de militares y en el que Koch era el único civil. Pensaba que nadie lo vigilaba, que la Abwehr confiaba plenamente en él, aunque la realidad era bien distinta, como descubriría más adelante.

El Junker hizo una escala en Viena y luego aterrizó en Sofía a primera hora de la tarde, en medio de una actividad febril: toda una flota aérea parecía estar ultimando los preparativos para un ataque colosal. Y aunque en ese momento apenas nadie, y mucho menos Koch, sabían a qué se debía tan descomunal despliegue, un día después comenzaría el llamado «Día J», la Operación Barbarroja, la niña mimada de los planes bélicos de Hitler, el ansiado ataque sorpresa alemán a la Unión Soviética. Su mayor empresa bélica y el comienzo de la caída de su «Reich de los mil años».

El agente Koch se hallaba en medio de ese enrevesado teatro de la guerra, perplejo ante el rumbo de los acontecimientos. Sin embargo, al menos él estaría libre por el momento de la sangría que se avecinaba en Europa del Este y de la que su pueblo sería una de las principales víctimas.

En Sofía, nuestro protagonista cambió de avión, en este caso un Douglas británico capturado al enemigo que lo hizo pasar más inadvertido y llegar al sur. Tras un momento detenido en la base aérea de Salónica, aterrizaron a última hora de la tarde en la capital griega. En la pista lo esperaba un capitán alemán —cuyo nombre no ha trascendido— condecorado con la Cruz de Hierro, que comprobó una fotografía suya para asegurarse de su verdadera identidad.

Es en ese momento, según Bar-Zohar, cuando Paul fue plenamente consciente de que los hombres de la Abwehr habían estado siguiendo de cerca cada uno de sus pasos en las calles de Bruselas, donde le habían tomado la instantánea que ahora portaba en sus manos aquel desconocido oficial. Todo había sido un espejismo. No confiaban para nada en él, como él no confiaba en la «bondad» del sistema nazi.